
Renán Silva

Sociólogo con estudios en Historia y civilización en la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales (París). Doctor en Historia Moderna por la Universidad de París I –Panthéon– Sorbonne. Profesor jubilado de la Universidad del Valle, Cali, Colombia; profesor titular de la Universidad de los Andes, Bogotá, Colombia.

EL GRAN RUIDO DE 1687. PARADOJAS APARENTES DE LA CRÍTICA ILUSTRADA NEOGRANADINA

RENÁN SILVA

Departamento de Historia
Universidad de los Andes -Colombia-
rj.silvia33@gmail.com

*Suponiendo, pues, que el ruido y la vocería de que tratamos
hayan sido obra del Demonio...
parece muy conforme a la razón,
que el resultado físico sea el que vamos a demostrar.*

Papel Periódico de Santafé de Bogotá, 20-03-1795

RESUMEN

El Papel Periódico de Santafé de Bogotá (1791-1797), el primer periódico impreso estable del Nuevo Reino de Granada, fue el escenario de una interesante polémica sobre un las explicaciones de fenómeno físico ocurrido más de un siglo antes (un «ruido y un olor» difíciles de explicar, que recorrieron la ciudad una noche de 1687) y que en su época conmovió a los habitantes, hasta el éxtasis religioso. Contrastar dos «miradas» ilustradas sobre el fenómeno puede ser importante, para conocer algunas de las relaciones entre afán de ciencia y creencias religiosas entre los ilustrados de finales del siglo XVIII.

Palabras claves: Ilustración, ciencia moderna, creencias religiosas, causas físicas, Newton, prensa, historia popular, historia sabia.

ABSTRACT

El Papel Periódico de Santafé de Bogotá (1791-1797), the first printing newspaper permanent in New Granada Kingdom was a scene of a interesting controversy about an explanations of physical phenomena that happened a century ago (a noise and a smell difficult to explain, that toured the city during one night in 1678) and affected the people at that time, to religious ecstasy. Contrast two enlightened regards about this phenomena could be interesting, to known some relations between eagerness scientific and religious believes around the illustrated people at the end of the eighteen century.

Keywords: Enlightenment, modern science, religious believe, physical causes, Newton, printing press, popular history, wise history.

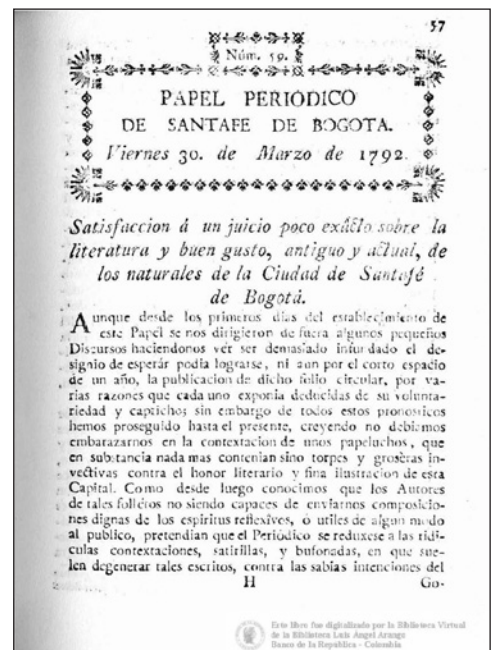
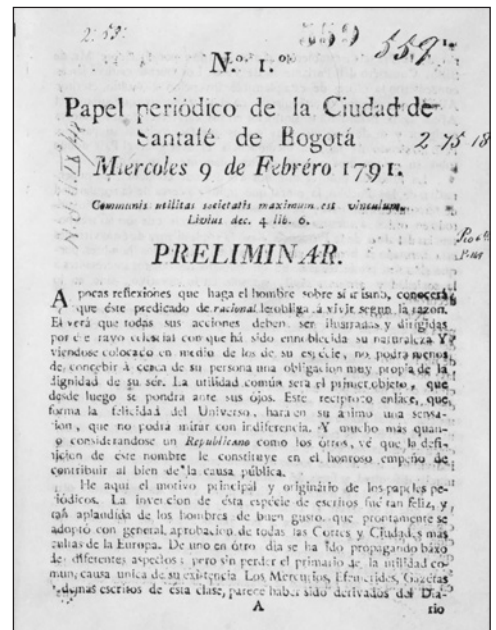
Introducción

La noche del nueve de marzo de 1687, Santafé, la pequeña capital del Nuevo Reino de Granada, se vio sorprendida por un fenómeno curioso y difícil de explicar, al que desde esa época se llamó «el gran ruido». Según los pocos testimonios conservados, de manera intempestiva se expandió por la ciudad, sin saberse a partir de dónde, un «ruido», por nadie identificado en su naturaleza, acompañado por un olor que las gentes definieron como de azufre, que debió durar entre quince y treinta minutos, según la versión más conocida. El suceso despertó un fenómeno colectivo y explicable de piedad religiosa y arrepentimiento —las iglesias debieron abrir sus puertas esa noche y en los días siguientes cientos de santafereños se postraron de rodillas ante los altares y confesionarios— y a largo plazo fijó los cimientos de una tradición de gracias al Señor que había salvado a la ciudad de su ruina y destrucción, hecho que se celebrada cada año, aunque al final del siglo XVIII, los celebrantes no sabían bien qué episodio se recordaba.

A principios de 1795, dentro de su «programa» de examen crítico de las tradiciones culturales de la sociedad neogranadina, el *Papel Periódico de Santafé de Bogotá* (1978) [en adelante PP]¹ el semanario de la ciudad, fundado en 1791 por el ilustrado virrey José de Espeleta y puesto bajo la dirección del periodista cubano Manuel del Socorro Rodríguez [en adelante MSR]²— dedicó varios números a la discusión de las causas de este olvidado suceso y propuso una nueva interpretación de los hechos tal como habían sido presentados en 1741, ya bajo una primera mirada crítica e ilustrada, en la obra del jesuita Joseph Cassani, *Historia de la Provincia de la Compañía de Jesús del Nuevo Reino de Granada*³.

No tenemos ninguna idea precisa acerca de por qué el interés concreto de examinar las opiniones de Cassani —muchos otros sucesos «milagrosos y maravillosos»— hubieran podido seleccionarse, pues la tradición estaba repleta de ellos—, ni sabemos si la elaboración fue estrictamente personal y corresponde por entero a las concepciones de MSR, o si los textos publicados fueron discutidos con algunos de los amigos con los que se reunía de manera habitual, pero por lo que sabemos en cuanto a las formas de sociabilidad del grupo de los Ilustrados de Nueva Granada, no parece una idea exagerada o sin fundamento pensar que los textos debieron ser discutidos o por lo menos comentados con algunos de sus compañeros, ya que el empeño de discusión de toda la tradición cultural de su sociedad aparecía como un propósito colectivo de la «juventud noble del reino», grupo que corresponde más o menos a aquellos que la tradición ha definido como los representantes locales de la Ilustración⁴.

El examen crítico propuesto por el *Papel Periódico* volvía a recordar los hechos designados por la



1 Una introducción breve, y en parte ya superada, a la historia del *Papel Periódico...* en R. Silva, *Prensa y revolución a finales del siglo XVIII* ([1988] 2010). Los trabajos posteriores no me parece que hayan arrojado luces nuevas sobre el tema ni que presenten lecturas nuevas de ese importante semanario, en tanto que las críticas que han dirigidas a *Prensa y revolución* cometen el pecado historiográfico de no reparar en qué año se escribió el libro, cuál era su propósito y cuál la coyuntura

historiográfica de la que dependían sus análisis. Cf. por ejemplos Carlos V. Villamizar Duarte (2012). Para una introducción general al surgimiento de la prensa en los siglos XVII y XVIII, Joad Raymond (1996), que a pesar del universo espacial y temporal especializado que aborda, ofrece ideas básicas sobre el proceso y su novedad, más allá de Inglaterra. En relación más directa con el universo cultural y temporal del que aquí nos ocupamos cf. *Debate y perspectivas. Cuadernos de Historia y Ciencias Sociales* (2003).

2 Sobre el cubano Manuel del Socorro Rodríguez tampoco se ha avanzado mucho ni en cuanto a su biografía ni en cuanto a la valoración de su amplia producción intelectual, a pesar de que desde 1988 en *Prensa y revolución...* se insistió en la riqueza de las fuentes. Aquí nos podemos limitar a señalar que gran parte de los 265 números del semanario fueron redactados en parte o en su totalidad por Rodríguez, quien fue sin duda el más prolífico de los Ilustrados del virreinato de Nueva Gra-

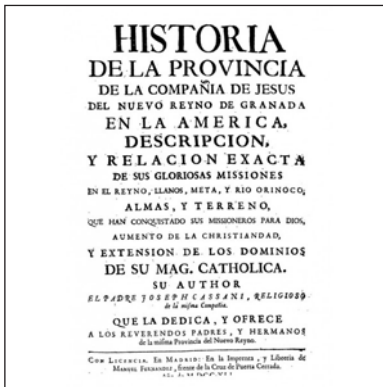
nada y quien, a pesar de su conocido autodidactismo tuvo intereses en las ciencias, en las artes, en las lenguas modernas y en la literatura de su época. Me parece que se trata de un personaje por descubrir y poner en el contexto de los ilustrados hispanoamericanos más atentos a la cultura de su época, particularmente a la francesa.

3 Cf. Joseph Cassani, S. J., (1967, cap. XXVII). Un ejemplar de la edición original de 1741 se encuentra en la Bi-

lioteca Luis Ángel Arango, en donde lo he consultado.

4 Para informaciones sobre el proceso de constitución del grupo de los Ilustrados y sus formas asociativas Renán Silva (2002).

El gran ruido de 1687. Paradojas aparentes de la crítica ilustrada neogranadina



tradición como «el gran ruido», trayendo a cuento de manera integral la versión ofrecida por el padre Cassani —una versión escrita más de medio siglo después de haber sucedido el hecho, y en la que el jesuita parece haberse limitado a recoger lo que la tradición corriente repetía-, y a continuación, en nuevos números del periódico, el «redactor-autor» inició una discusión detallada de la *explicación* que el cronista de la Compañía de Jesús había ofrecido «del gran ruido»⁵.

Aunque MSR no traía a cuento ninguna clase nueva de documentos que rectificaran o complementaran la versión del Padre Cassani, su discusión del suceso sí trataba en cambio de ofrecer una *explicación alternativa* de la que medio siglo antes había ofrecido Cassani, y desembocaba en una reflexión sobre las relaciones entre ciencia y teología, y sobre la relación entre los análisis de la ciencia y las formas populares de piedad religiosa.

La discusión del suceso y la propuesta de una nueva interpretación no parecen haber despertado en su momento ninguna clase de reacción que las mostraran como «heterodoxas» o como amenaza a las creencias colectivas dominantes en la sociedad —entre otras cosas porque no lo eran-, e incluso no parecen haber despertado ninguna clase de reacción en el grupo de los ilustrados y en general entre los lectores del *PP* en esos años, lo que puede indicar no solamente que todos los jóvenes universitarios ávidos de cultura se mantenían en el marco de la ortodoxia católica y que la crítica ilustrada de la ciencia no era mirada con desconfianza por las autoridades, sino que, además, por lo menos en el caso del *PP*, no parece encontrarse lo que el historiador Jaime Jaramillo Uribe (1996) designó como un «conflicto entre la ciencia y la fe», refiriéndose al caso del astrónomo y botánico ilustrado Francisco José de Caldas y que en cierta medida había planteado como un elemento común —bajo modalidades diversas- para toda la generación anterior a la Independencia, que había enfrentado la «crítica de su tradición».

La discusión ofrecida por el *PP* es importante porque puede servir para volver una vez más sobre el contenido mismo de la Ilustración neogranadina, sobre su evolución hacia finales del siglo XVIII, sobre la definición que

en esos años se hacía de la noción de crítica (científica y de las costumbres y prejuicios sociales) y en general sobre el acceso a ese sistema de referencias modernas que designamos como Ilustración y que parece haber incluido en todas las sociedades que han conocido su emergencia un ejercicio de valoración crítica de la tradición cultural que la ha precedido⁶.

Por lo demás, el balance crítico que se hizo de las opiniones del Padre Casanni en el plano de la ciencia (es decir de la *causalidad* «del gran ruido») nos enseña sobre las ambigüedades mismas del acceso a las ciencias modernas de la joven generación intelectual de la última década del siglo XVIII en el virreinato de Nueva Granada, pues en gran parte el acceso de esa generación hacia el «pensamiento moderno» se produce no a través de un conocimiento y participación plena en la ciencia de su época, sino más bien a través de su socialización en una *retórica de la ciencia*, de su inmersión en una crítica de las explicaciones tradicionales de los fenómenos naturales, a través de postulados de ciencia no siempre bien asimilados —o incluso mal asimilados-, pero que cumplían un importante papel en la difusión de una actitud crítica en el plano del saber, que es principalmente de lo que se trató cuando la «ciencia moderna» hizo su presencia en el *PP*, lo que no descuenta, de ninguna manera, la función positiva que esa presentación retórica —por lo demás tardía en términos de la historia de las ciencias de la época y de discutible argumentación- puede haber tenido para los lectores de ese momento, sobre todo si se tiene en cuenta que en un mundo intelectual con tan poca experimentación y actividad práctica en el plano de las nuevas ciencias naturales y en donde se trabajaba ante todo con lecturas e informaciones de segunda mano —diccionarios, compendios, síntesis, obras de divulgación-, la crítica de las ciencias era ante todo un deseo, una actitud, una actividad marginal, pero no una práctica regular bien establecida, lo que le daba ese toque distintivo de *retórica de saludo a un mundo nuevo*, por ahora muy alejado, lo que en nada disminuye su importancia, ni desde el punto de vista de la historia cultural —en el punto de las representaciones de la ciencia-, ni desde el punto de vista de la historia social —la modificación de partes importantes de los sistemas de prejuicios en una sociedad y la

5 En el *Papel Periódico*... Manuel del Socorro Rodríguez se designa indistintamente como «autor» y «redactor», pero siempre bajo la idea de que se trata de un *escritor*. Si bien como lo advertimos la mayor parte de la redacción y preparación del *Papel Periódico* fue de su responsabilidad, nada de esto impide considerar que el *Papel Periódico* se inscribe en una red de intercambios entre jóvenes y menos jóvenes ilustrados que se comunicaban a través de la correspondencia y que en Santafé sostenían relaciones de amistad, cuando no lazos familiares, al tiempo que algunos de los miembros del «grupo ilustrado» se reunían en la oficina del periódico —la misma oficina del administrador de correos-, en la Biblioteca Pública —que dirigía MSR- y en las habitaciones de algunos de los que ya en aquella época se designaban como «jóvenes físicos».

6 Para una síntesis de los elementos básicos que conforman lo que se puede designar como la Ilustración en el virreinato de Nueva Granada y en general en el «mundo andino». Renán Silva (2005, pp. 15-45).

lucha por actitudes favorables a cambios en los sistemas educativos⁷.

Lo que ofreceremos pues a los lectores en las páginas siguientes será una presentación de los sucesos designados como «el gran ruido» y de la crítica que a continuación el *Papel Periódico de Santafé de Bogotá*, a través de su «redactor/autor», ofreció de la vieja explicación conocida, al paso que proponía otra nueva, tan problemática como la anterior⁸.

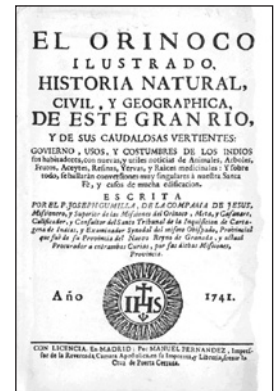
El gran ruido de 1687

No conocemos las razones precisas por las que MSR decidió abordar el tema «del gran ruido» en su publicación. Tan solo podemos decir que la crítica de la tradición cultural (la crítica de los prejuicios» muy en la conocida línea del Padre Benito Jerónimo Feijóo) se encontraba definida como uno de sus objetivos y había sido reiterada en varios de los «editoriales («Advertencia», «Prevenções», «Al público lector») que el *PP* dedicó a la definición de su programa editorial⁹.

MSR da inicio a sus reflexiones recordando que existe una *memoria pública* del evento, que se transmite en las palabras que «algunos ancianos refieren a sus nietos» –y desde luego también a través de las celebraciones piadosas anuales que recuerdan el suceso–, pero que esa

memoria oral de los viejos puede encontrarse un tanto alterada, no solo por la distancia que separa del evento, sino porque «la noticia de tal suceso no consta escrita en ninguna parte, sino en un libro que juzgamos lo tendrán muy pocos [el libro de Cassani]», aunque reconoce que el propio suceso ya ha perdido actualidad para los universitarios de finales del siglo XVIII, «pues su argumento no se mira con interés» y «tampoco será apetecible ni frecuente su lección», a pesar de lo cual le parece un hecho digno de consideración intelectual¹⁰. Lo que ocurre al parecer es que MSR no confía ya en el testimonio ni en las explicaciones de Cassani y le parece importante volver sobre la explicación tradicional del evento, aunque antes de ello quiere recordar los hechos tal como fueron presentados por el historiador jesuita¹¹.

MSR comienza indicando que lo que a continuación se va a encontrar es «la misma relación del padre Cassani» y comenzará copiando sus palabras acerca de la calma que precedió al suceso –«En el día nueve del año de 1687 habiendo estado el cielo sereno y habiendo entrado la noche con apacible quietud...»–, para luego indicar que, entonces, «como a las diez de la noche, comenzó un extraño ruido en la tierra, en el aire, o en el cielo, pues esto nadie lo supo, y prosiguió por el largo espacio de más de un cuarto de hora y



de «tradicionalistas» y «modernos» en el último tercio del siglo XVIII; y que en el plano de la práctica religiosa la lucha por la modificación de las formas de piedad popular tradicionales (demasiado «expresivas» para los ilustrados) y su sustitución por prácticas moderadas, más silenciosas y concentradas en el «yo interior», era una aspiración de las nuevas gentes de cultura –los partidarios de la historia natural y de la crítica de la escolástica, quienes eran al mismo tiempo los partidarios locales de la modernización absolutista propuesta por los Borbones–. Todas las remisiones al *PP* y a este número, mientras no se advierta otra cosa.

11

La presentación que del relato del padre Cassani hace MSR es casi textual y no desfigura en ninguna parte su argumentación –la que incluía también un matiz crítico, pues Cassani participa ya de una forma renovada de plantearse este tipo de problemas, una forma que puede ser designada como «newtoniana», en la medida en que introduce de manera sistemática la noción de «causas y efectos», sin abandonar la idea de una «causa última y final». Debe señalarse que lo que sí parece difícil de aceptar como cierta es la idea de MSR acerca de que la posible *deformación oral* del relato dependa en este caso del *testimonio escrito*, máxime cuando MSR habla acerca de la rareza del libro de padre Cassani, del que señala que tiene la que le parece ser la única copia y que pertenece a la Biblioteca Pública de Santafé.

El gran ruido de 1687. Paradojas aparentes de la crítica ilustrada neograndina

RENÁN SILVA

7 Si hay un elemento que hubiera podido asegurar un acceso menos retórico a la «herencia científica ilustrada» en las posesiones hispánicas en América ese elemento hubiera sido la presencia en alguna medida de un mundo experimental de perspectivas industriales, que diera un mayor sentido a las ideas de utilidad y aplicación del conocimiento y valoración del trabajo práctico calificado –como en parte se buscó en Nueva España con la investigación minera. Francia y Alemania, pero en mayor medida Inglaterra, serán los paradigmas de sociedades en las que la vinculación entre *ciencia* y *trabajo* dieron un aire de «realidad» a la especulación en ciencias naturales, en química, en física y en matemáticas. Para las relaciones entre ciencia, técnica y actividad técnica en la Inglaterra del siglo XVII, entre muchos otros trabajos la vieja síntesis sociológica de Robert K. Merton (1984). Mientras tanto, en la periferia de la mo-

narquía hispánica, las gentes de ciencia y de cultura estaban condenadas a una situación más bien de especulación en el plano del saber, carentes de instituciones en donde ejercer una actividad de ciencia como profesión, lo que con muy pocas excepciones hacía de su trabajo una actividad marginal, de poco reconocimiento social y que no ofrecía oportunidades de conseguir la *gloria* y mostrar *amor por la patria*, que es como en lenguaje estilizado se designaba la búsqueda de empleo y de logros económicos, por parte de estos hombres de ciencia. Para el desarrollo completo de estas ideas, Renán Silva (2002).

8

La dirección de análisis presente en este artículo busca balancear de alguna manera la irresistible tendencia de todos los comentaristas de los textos ilustrados de finales del siglo XVIII, que buscan hacer a toda costa de la cultura de los ilustrados el gran «antece-

dente de la Independencia», lo que impide estudiarla por sí misma, como sistema cultural propio, y como momento de acceso a elementos básicos de la cultura moderna y del surgimiento del individuo moderno. Cf. al respecto mis observaciones en Renán Silva (2008, pp. 15-17). La noción de «Ilustración como sistema cultural» se encuentra expuesta de manera convincente en Vincenzo Ferrone y Daniel Roche (1998) –una obra que es al tiempo síntesis y renovación de las nuevas investigaciones sobre la ilustración por los mismos años en que se celebraba el Bicentenario de la Revolución francesa.

9

Sobre los problemas del auditorio –sus lectores– del *PP*, sobre las reacciones del «público lector» y sobre la búsqueda del «bien público» como la meta principal del semanario, Renán Silva (2002, pp. 33-61). El propósito educativo se reitera en la introducción del texto inicial sobre el «gran

ruido» al hablar de la «varia lección de nuestro periódico» y señalar que se trata de intervenir sobre un problema sobre el que «se padecen no pocas equivocaciones...». (*PP*, n. 179. 13-02-1795). Sobre la importancia del contexto social y «discursivo» en la circulación de los textos y sobre el texto como forma de intervención, y más precisamente como una «forma de hacer diciendo», el ya clásico texto de Quentin Skinner (2007).

10

El título con que se inició la presentación del relato del padre Cassani, previo a la discusión de sus «tesis», es revelador: «Raro suceso que debe excitar las reflexiones filosóficas de la ilustrada juventud de nuestro tiempo y aun despertar la atención de algunos espíritus piadosos» (*PP*, 1978, n. 179, 13-02-1795), título que recuerda de una parte que la orientación cultural de la «juventud noble del reino» era uno de los objetos en disputa por parte

12

Sobre Santafé de Bogotá en sus aspectos demográficos, urbanos y culturales en el siglo XVII, *Historia de Bogotá* (1988, vol. I), una crónica extensa llena de datos e informaciones sobre la ciudad.

13

Como se puede ver desde el principio, la presencia de modelos literarios es fácilmente visible en la narración del padre Cassani. Aquí se trata en principio del *modelo* «la tempestad precedida por la calma», lo que prepara al lector para la sorpresa que viene a continuación. Por el camino esa presencia se hará más intensa, como lo muestra el texto citado, en donde de manera expresa se habla del *lenguaje con que los predicadores presentan el juicio final*, es decir el *lenguaje del Apocalipsis*. La presencia acentuada de ese tipo de modelos es un hecho constante en las crónicas tempranas sobre la sociedad colonial, crónicas que aun participan de la idea de «maravillas de la naturaleza» –y de la sociedad–, y que en el siglo XVIII se combinan con lo que llamamos «forma newtoniana».

14

El padre Cassani agrega que las autoridades también se movilizaron y el propio presidente «salió con la gente y armas... a recorrer los barrios y entradas», si bien no había fundamentos de «enemigos externos», como lo advierte Cassani, ya que Santafé se encuentra a más de 200 leguas del mar.

15

Como se sabe, la relación ver-escuchar-testimoniar es clave en el proceso de constitución de la historia en Grecia, y en parte caracteriza el nacimiento de la propia historiografía de Heródoto y de Tucídides. Como en muchas oportunidades se ha señalado, por ejemplo una síntesis del problema en Francois Hartog (2007).

aun cerca de media»¹². El ruido debió ser considerable, pues interrumpió el sueño de todos, que vieron suspendidos su descanso, de tal manera que «al primer golpe dudaron todos, al segundo temieron, al tercero... salieron a la calle», habiéndose formado una confusión fácil de imaginar, como lo señala Cassani, quien escribe de manera precisa:

No es fácil referir la turbación y conmoción de aquella noche: solo aquella prosopopeya con que nos representan los predicadores el día del juicio, puede prestarnos alguna explicación de lo que sucedió la noche del espanto¹³.

Las gentes empezaron a salir a la calle, vestidas o no, como estuvieran, presas del miedo de que sus casas se vinieran a tierra, «todos gimiendo y clamando misericordia» mientras vagaban sin dirección precisa por las calles, clamando al cielo «porque les faltaba la tierra», sin saber qué pasaba, cada uno ofreciendo la interpretación que «le sugería su corazón», lo que hizo necesario que se abrieran las iglesias –posiblemente las más seguras construcciones urbanas de la época– para que las gentes se refugiaran. El padre Cassani indica que lo más singular de todo el suceso fue que mientras el ruido permaneció, «se esparció por el aire un pestilente olor a azufre», hecho del que fueron testigos «todos aquellos a quienes bastó el ánimo para estar sobre sí... antes que se les turbare la fantasía», lo mismo que muchos otros «que salían a las ventanas»¹⁴.

Joseph Cassani no es un cronista cualquiera y forma parte ya de lo que se puede llamar la primera ola de «observadores ilustrados» –del mismo tipo y expresando la misma situación intelectual de transición que recorre los textos del también jesuita Padre Joseph Gumilla en *El Orinoco ilustrado*– y declara entonces que su deseo, más allá del testimonio recolectado, es el de discutir el fenómeno relatado por los testigos –«A la filosofía le interesaría indagar la causa de este extraordinario movimiento [«el gran ruido»]– y comienza, según los métodos habituales de los ilustrados, que tempranamente adoptaron la vieja distinción griega entre «*doxa*» y «*ephisteme*», indicando que sobre el problema existe una «opinión vulgar», con la que de manera habitual «quedan muy satisfechos sus autores», pero que para el pensamiento reflexivo es ya una opinión que resulta insuficiente.

De manera más precisa aun, Cassani dirá que sobre este tipo de sucesos hay dos versiones. Primero la que presentan lo que se llama «Historias» (en el lenguaje de la época relatos maravillosos de gigantes y de monstruos, de fenómenos naturales inexplicables), que cuentan sucesos que «han parecido milagro por lo raros»; y segundo, aquellas otras versiones que se presenten como *opiniones sabias*, pero que aún se mueven en el mundo de las *razones no probadas*, aunque con ellas queden «muy satisfechos sus autores», quienes se dan por servidos, sin saber que salen «de una dificultad, entrando en otra mayor», como dice Cassani. En este caso en particular, y este es un punto notable en la discusión, el jesuita dirá que en este fenómeno hay una dificultad que no se puede eludir y que tiene que ver con el testimonio de los sentidos: regularmente sobre este tipo de «sucesos raros», tenemos testimonios de gentes que declaran haber visto o haber escuchado de alguien que alega haber visto «por sus ojos». Pero en este caso, señala Cassani, se trata de un testimonio que no se apoya en la visión, sino en el oído –el ruido que se escuchó– y en el olfato –el olor que se sintió, «no conociendo la vista nube, ni divisando fuego», sino que se «olía el hedor» y se sentía el ruido, «lo que aumenta mucho la dificultad» –Cassani dice con sorna: «a estos autores» –apegados al testimonio de la visión– «los quisiera yo oír en el caso presente»¹⁵.

Según Cassani, quien publica su obra en 1741, la «vulgar opinión de ese entonces» –es decir de 1687–, fue que «el enemigo común del género humano», el diablo, había producido tal ruido «para espanto de los moradores», e indicará que esa opinión, que en principio él no comparte... pero allá debemos llegar, prevaleció como interpretación dominante, por la fuerza del testimonio que sobre «el gran ruido» ofreció el provisor del arzobispado, una verdadera autoridad para todos los pobladores, quien afirmó que

[...] habiendo oído el ruido, paseándose en su estancia, al abrir la ventana por curiosidad, sintió el olor a azufre... y añadía que al mismo tiempo oyó en el aire una clausulas [unas frases, R. S.] tan lascivas, que ninguna otra lengua que la infernal, pudiera articular semejantes obscenidades.

Así pues al provisor del arzobispado lo visitó el mismísimo demonio, bajo la forma del

olor a azufre y bajo la escucha de unas frases lascivas –eros no perdona–, lo que lo llevó a fijar su rápida interpretación del suceso, la que se convirtió luego en la mayor fuente de autoridad, cuando subió a la cátedra de la iglesia metropolitana de la ciudad, pidió silencio a la crecida concurrencia y repitió, en lenguaje tomado de la historia bíblica, su versión de los hechos: se trataba de obra del demonio. Se trata pues de la existencia de una precisa confluencia entre la opinión popular y la opinión del provisor –la autoridad eclesiástica–, lo que facilitó el proceso de constitución de esa interpretación en dominante, y le aseguró los mecanismos de su reproducción como creencia legítima.

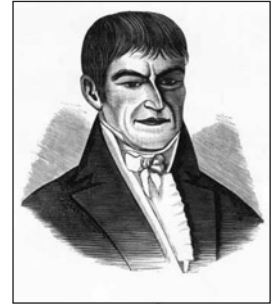
Para el padre Cassani, en 1741, todo esto resultaba dudoso, empezando por el propio testimonio del provisor, pues su versión no fue dada «en ocasión de sociego», sino más bien en oportunidad en que «no podía obrar en libertad», «sin perturbación de ánimo, ni prevención de potencias», pues el propio provisor estaba «sobrecogido por el olor de azufre» y por los «alaridos de la gente», por lo que Cassani piensa que más bien él fue influido «por el común enemigo en el alboroto de su fantasía» [las clausulas lascivas que pretendía haber escuchado].

El Padre Cassani no niega –como no lo negará MSR, según veremos páginas más adelante–, «que Dios pudo permitir al demonio que causase este espanto», explicación que le parece que como católico debe aceptar, pero afirma que no quisiera refugiarse ni esconderse en la providencia, «cuando la naturaleza me da bastante fundamento», para tener el evento como producido por la naturaleza, y comienza entonces a presentar su propia interpretación acerca de la causa del enigmático suceso, causa que encuentra en la explicación que el pensamiento de su época, afirmándose en lo que la ciencia puede decir en ese momento, ofrece de ese tipo de hechos. Comenzará pues llamando la atención sobre un fenómeno natural ocurrido en el mismo año de 1687: el devastador terremoto –«la tierra abrió bocas para salir al aire»– ocurrido en la ciudad de Lima en octubre de ese año y dirá que como un terremoto es «aire oprimido en la tierra que busca... boca para salir», pues ese aire buscando salida, en contacto con otras sustancias de «abajo» y de «arriba» de la tierra –por así decir–, produjo el ruido que tanto asustó a los santafereños.

Quedaban sin embargo muchas cosas por explicar. La primera de ellas la que tenía que ver con el olor a azufre, rápidamente explicado por la presencia debajo de la tierra de «algún material de azufre» o presente en la propia ciudad de Santafé «o cerca de allí», lo que habría aún más enrarecido el aire. La segunda, aún más difícil, tenía que ver con el hecho de que el terremoto se hubiera presentado en Lima, y no, como parecería más verosímil, en Santafé. Para Cassani lo que había ocurrido es que la búsqueda que el aire hacía por salir de la tierra, no tuvo la fuerza suficiente para «mover la tierra en Santafé», pero sí encontró condiciones en «Lima, Callao y otros circunvecinos lugares», en donde finalmente «reventó el estrago, que se concibió en las entrañas de la tierra en Santafé». Así pues la mano de Dios se había apoderado de un fenómeno natural (del cual en última él mismo era la causa determinante), fenómeno que también podría ser objeto de explicación en términos de sus causas.

Esta es la explicación que el Padre Joseph Cassani ofrecía «del gran ruido» presentado en la noche del nueve de marzo de 1687 en Santafé, por lo menos si se trataba de discurrir «filosóficamente y en lo natural». Otra cosa era cómo Dios había sacado provecho del suceso, pues «Dios sabe sacar de los mayores daños, los mayores bienes», y de este «casual e incógnito rumor» había originado «el mayor fruto espiritual de las almas». Por eso la noche del «gran ruido», fue preciso abrir todas las iglesias de Santafé, «respondiendo al universal clamor del pueblo», y en la propia catedral Dios se valió de la ocasión para que un celoso pastor de las almas –el provisor–, «al ver aquel inmenso concurso [de gente]», subiera al púlpito, ordenada hacer silencio con su voz, y exhortaba a la penitencia y a la oración, y «ayudado de la ocasión» [...] «se hubiera logrado tanto fruto» para la Iglesia y para la salvación.

La manifestación colectiva de fe, de un pueblo agradecido por la salvación divina ante la amenaza inminente de destrucción, no se limitó solamente a los gritos adoloridos y llenos de arrepentimiento de gentes que se refugiaban en los templos, pues «desde aquella noche empezaron las confesiones», ya que cada uno de los moradores de la ciudad temía que le faltase tiempo para «reconciliarse con Dios»; y la idea de que ahora sí de verdad el



Retrato Manuel del Socorro Rodríguez

16

Todas las citas que continúan se refieren a este número, mientras no advirtamos otra cosa.

17

PP. In. 180, 20-02-1795: «Apéndice del redactor sobre algunas circunstancias del suceso publicado en el número precedente». No nos importa ahora designar las posibles «fuentes epistemológicas» —la expresión tiene mucho de anacronismo— que se encuentran detrás de esta formulación de «principios críticos» y que ya por aquella época eran un lugar común entre los ilustrados, pero no puede dejar de notarse que ese pequeño «evangelio», puramente generacionalista pero ya de acusados rasgos empíricos y positivistas, no dejaba de ser un punto de partida realista y sensato, si se trataba de examinar de manera crítica una tradición cultural caracterizada por una perspectiva puramente especulativa y que tanto Cassani como MSR designaron como «metafísica».

18

Hablamos de un tono menor o apagado para diferenciar la forma —en gran parte estratégica en mi opinión— como el viejo editor se planteaba los problemas que corrían en las páginas del PP, lo que además combinaba muy bien con su carácter convencido de fiel vasallo y católico, de aquella por completo opuesta, lírica y radical, que utilizó el joven Francisco Antonio Zea para abordar la crítica de la escolástica y el régimen de estudios universitarios en las mismas páginas del PP en 1791, lo que casi le vale a MSR quedarse sin trabajo, por cierre del semanario.

último día había llegado y se acercaba el final, «les ocupó dichosamente los corazones, con tanta vehemencia... [que] duraron más de ocho días las confesiones». En el relato del padre Cassani, el balance final del suceso es un balance positivo, no solo en términos de la renovación de la fe de los habitantes de Santafé, ya que toda la ciudad se había transformado, y había mejorado en relación con su comportamiento de urbe cristiana y honrada, cumplidora de su deber, lo que le permite decir que «la ciudad se halló en pocos días enteramente mudada en costumbres y religión».

Cassani comprueba también la existencia de una memoria viva y agradecida de las amenazas de 1687 —el jesuita habla de «una tierna memoria»— y señala la forma como la celebración se había incrustado en el ceremonial religioso urbano de los días nueve de marzo, día en que en varias iglesias de la ciudad «se descubre el Santísimo Sacramento al final de la tarde, y está expuesto hasta las diez de la noche, que fue la hora del susto...»; y en este tiempo de celebración se aprovecha para hacer una exhortación o sermón a todos los habitantes, «excitando el agradecimiento a Dios, por haber librado la ciudad», exhortación que encuentra la respuesta de los creyentes, según se desprende del «gentío» de asistentes y de «la multitud de confesiones que se experimenta el día siguiente».

Este fue, en términos sintéticos pero fieles el relato e interpretación que el padre Joseph Cassani hizo «del gran ruido» de 1687, relato sobre el cual MSR pretendía abrir la discusión, ya que no se encontraba muy de acuerdo ni con la presentación de los hechos ni con su interpretación, a pesar de que compartía con Cassani la idea de que el suceso podía ser explicado sobre la base del obrar de la naturaleza, sin necesidad de otorgarle al suceso ningún carácter de «milagro» (y ello a pesar de que Dios hubiera aprovechado el suceso para poner a prueba y potenciar la fe de las gentes de Santafé).

El gran ruido *vuelto a considerar*

De esta manera, en el número siguiente del PP, luego de haber presentado la versión del padre Cassani, MSR iniciará su examen crítico de esa interpretación, presentando en primer lugar su versión de lo que le parece ser el «método crítico» —esta expresión es mía— y

a continuación lo que cree que son sus rasgos definitorios (PP, n. 180. 20-02-1795)¹⁶.

De acuerdo con MSR el asunto más arduo y problemático del trabajo del analista crítico es el de fijar los «principios elementales para escribir con exactitud en toda suerte de materias», debiendo aceptarse además que tales principios «no están designados todavía con precisión». En todo caso y a pesar de la indeterminación postulada en que el asunto permanece, al redactor del PP le parecía que esos principios podían ser reducidos a tres puntos básicos:

[...] escrutinio riguroso de la verdad de los hechos; combinación de todas las circunstancias relativos a ellos; y oportunidad de las reflexiones con que deben ilustrarse. No podemos negar que cada uno de estos puntos es esencialmente necesario y que todos son en la práctica difíciles de abordar (PP., n. 180, 20-02-1795)¹⁷.

A partir del citado «credo» MSR quiere adelantar la crítica de la explicación que medio siglo antes el padre Joseph Cassani había ofrecido acerca «del gran ruido» y lo hace al principio en un tono menor, controlado, de gran moderación, señalando que su intento no es afirmar que el autor criticado «ha faltado notablemente a estos tres puntos [los del «método crítico»] en relación con el suceso sobre el que discurrimos», pero indicando que, no obstante, le parecía que el asunto era «aun susceptible de algunos reparos...»¹⁸.

La crítica de MSR —quien vuelve a recordar de manera precisa y sin esquematismos la posición de Cassani— encuentra su punto de apoyo inicial en la observación del jesuita acerca del terremoto de la ciudad de Lima en octubre de 1687 como efecto tardío de la «rarefacción del aire subterráneo» ocurrida en Santafé. Rodríguez llama la atención sobre la frase de Cassani acerca de que «sobrevino después de pocos días en Lima aquel tremendo terremoto» y se pregunta a continuación como debería entenderse la expresión «pocos días», ya que el terremoto de Lima se produjo el 20 de octubre de 1687, es decir siete meses después del «gran ruido» de Santafé, introduciendo de esta manera una primera duda sobre la explicación de Cassani, al preguntarse

¿Qué físico podía conceder tanta lentitud al movimiento rapidísimo que produce el aire rarefacto,

impregnado de fuegos y materias... que lo impulsan y tornan violento...¹⁹

Para que la explicación de Cassani fuera verosímil, piensa MSR, sería necesario mostrar que «el material de azufre se prendió en Santafé» y que luego el «aire rarificado» viajó «por varias cavernas», atravesando la cordillera de los Andes, «corriendo todas las mil y setecientas leguas de su extensión», una posibilidad que le merece un no rotundo a MSR, quien afirma que se trata de una «cosa absolutamente imposible», y contra la cual ofrecerá argumentos precisos y detallados, producto de «hechos y experiencias, que son tanto una apelación al sentido común empírico, como una utilización concreta, aunque aún muy inicial, de lo que había designado como los «principios elementales para escribir sobre toda suerte de materias...».

En primer lugar MSR encuentra extraño que si el «aire rarefacto» (es decir combinado con otro tipo de elementos de las que regularmente lo definen) hubiera hecho su viaje a Lima a través de los Andes, no hubiera dejado señal de ese viaje a través de alguna forma de movimiento de la tierra, un hecho del que afirma MSR no había ninguna noticia. En segundo lugar MSR indica que en el momento de producirse «el gran ruido» en Santafé, como lo indica el propio testimonio de Cassani, hubo en la ciudad un marcado olor a azufre; pero por ninguna parte, ni en Santafé, ni en sus cercanías, se observó fuego (es decir llamas y/o humo), lo que indicaría que el olor a azufre se habría producido por otras circunstancias. La tercera objeción –MSR habla de argumentos, objeciones o reparos de forma indistinta– se relaciona al parecer con el movimiento concéntrico que debe desplegarse siempre, en ondas más amplias y débiles a partir del punto focal en que se produce un fenómeno. Si ello es así, y así es como los físicos lo demuestran, ¿por qué el punto «más notable del estremecimiento» –Lima y sus alrededores– se encuentra tan alejado «del foco o centro de ardor» –Santafé y sus alrededores–, es decir el punto inicial de rarefacción del aire? El argumento final tiene que ver con la velocidad de viaje del aire enrarecido (una idea que MSR había esbozado renglones atrás, pero que ahora presentará en un lenguaje especializado de ciencia que debe tomar de alguna fuente que no cita), pues si

el desplazamiento de los elementos viajeros tomó siete meses para llegar a Lima, entonces cabe preguntarse

¿Dónde está la asombrosa actividad con que obran las fuerzas vivas en razón de los cuadrados progresivos de su velocidad, principalmente en un fluido homogéneo donde la acción y el movimiento conservan un perfecto resorte?²⁰

En virtud de los cuatro argumentos presentados, el autor-editor del *PP* piensa que no es posible «en rigor filosófico» admitir como «causa suficiente... la que publicó el referido Padre [Cassani] y que ha corrido hasta el presente sin contradicción alguna». La crítica de la explicación que en 1741 había ofrecido el padre Cassani en su relato «del gran ruido» de 1687, conduce a MSR, por su propia lógica, a plantearse una nueva reflexión «que nos deje satisfechos acerca del verdadero origen de tan raro fenómeno» y cerrará entonces esta parte de su intervención indicando que esa pregunta sobre «el verdadero origen» (origen identificado con causa) será a la que intentará responder ahora «con cuanta claridad y sencillez me sea posible».

La dificultad de explicar un ruido

Una semana después, en el siguiente número del *PP* –el 181–, MSR volverá sobre el asunto de las causas «del gran ruido», pero no comenzará enfrentado de manera directa la pregunta que había dejado planteada sobre «el verdadero origen» del fenómeno, sino que preferirá hacer primero algunas consideraciones sobre el carácter infinito del conocimiento, sobre los límites humanos del conocer y sobre su confianza en el avance y el progreso del saber, a pesar de todas sus dificultades y tropiezos, fiel en esto a la confianza racionalista en el conocimiento que caracterizó a los ilustrados y que se expresó de manera regular en esa retórica repetida que ya hemos mencionado acerca del avance impostergable del saber humano y el viaje de las sociedades hacia la perfección –una retórica que desde luego no fue solo repetida por los ilustrados neogranadinos sino que se encuentra presente en toda Hispanoamérica y en dosis diversas en las sociedades europeas.

El testimonio de fe en el progreso del conocimiento se iniciará con una crítica

19 MSR para dar la fecha y algunos datos del terremoto de Lima cita el *Diario de Lima*, No 1 y el *Mercurio Peruano*, No 31, dos publicaciones que conocía bastante bien, según lo demuestra de manera repetida en varios números del *PP*.

20 Para reforzar su argumento, que es el más «técnico» de los cuatro presentados, MSR escribe que: «La mayor viveza o intensidad del sonido es indudable por varias experiencias que dependen de la densidad y del resorte del aire. Según las pruebas hechas por las academias de Florencia y de París, [y] por las de Gasendo, de Boyle, Flamsted, Halley, Newton, y varios físicos, recorre el sonido en un aire natural, cuando menos 1185 pies en el espacio de un segundo. Ahora bien, cuánto mayor no será infinitamente la velocidad con que obra el aire enrarecido. Considérese con toda reflexión».

21
 (PP., n. 181. 27-02-1795)
 [«Continúa el apéndice a la disertación del padre Cassani»], para todo lo que sigue, mientras no se advierta lo contrario. Dos puntos deben precisarse. De una parte la función de utilidad que debe cumplir el conocimiento (social y natural) en la reforma y mejora de la sociedad, como lo dice aquí –y en otros muchos lugares– MSR. Pero de otra parte hay que dejar en claro que el carácter progresivo y perfecto del conocimiento humano, para los ilustrados hispanoamericanos de fuerte cultura católica, no acerca a los hombres al conocimiento infinito, que no existe más que posibilidad divina. La limitación es pues doble. De una parte histórica y de otra parte tiene que ver con el propio creador del universo.

22
 Anotemos de paso que las condiciones sociales, intelectuales y culturales de un testimonio son algunos de los puntos menos tratados en años recientes por la historiografía –como problema de «método»–, lo que resulta un efecto esperado del reciente dominio postmoderno (hoy en su agonía). De un lado, si «todo vale», si cualquier testimonio –calificado o no– tiene el mismo valor, porque todos son hijos unilaterales del relativismo de la cultura –de ahí que se postule el fin de toda distinción entre etnógrafo e indígena, pues esa distinción no es más que autoritarismo–, el problema de las condiciones del testimonio se convierte en asunto accesorio, que no debe ser tenido en cuenta en el análisis de las fuentes históricas de un problema determinado. De otro lado, y en dirección contraria, la escandalosa y explícita valoración aprobatoria de todo testimonio que provenga de las filas de los «amigos» –los grupos subalternos, los excluidos, las minorías– y la desconfianza sobre aquellos otros que son producto de las burocracias, de las autoridades, de los administradores, de las gentes de mando, es decir de los «enemigos», tal como de manera práctica se ha procedido por parte de unas ciencias sociales y la historia militantes, que sin mayor rigor se dedican a lo que llaman la «crítica del poder y de las élites». Sobre el tema del testigo y del testimonio puede verse –para empezar– la interesante obra de Renaud Dulong (1998).

que MSR dirige a la opinión del Abad Juan Andrés –a quien cita–, quien desconfiaba del avance de las ciencias experimentales y la matemática, lo que para el editor del *PP* es un juicio errado, a pesar de que reconoce lo limitado y los límites del conocimiento humano, lo poco que se sabe incluso respecto de objetos sencillos, de estructura al parecer simple, «como un insectillo de los que nos parecen más despreciables». Carácter infinito pues del mundo por conocer y fuerzas humanas limitadas para el conocimiento de ese mundo infinito de objetos por conocer, al mismo tiempo que un estado presente (histórico) de conocimientos –el estado actual de las ciencias de su época, tal como las conocía o las imaginaba–, que a pesar de sus avances era aún incipiente, por lo que «aunque el mundo existiese otros tantos siglos, se quedarían ignorados en el vasto campo de la física un sinnúmero de secretos», cuyo conocimiento resultaría de gran utilidad para corregir muchísimos errores «en orden a varios objetos de los cuales creemos tener una correcta y completa noción» (*PP.*, n. 181. 27-02-1795)²¹.

Pero el conocimiento humano (la ciencia en este caso) no existe bajo una forma puramente general. Lo que hay son ramas del conocimiento y todas ellas no tienen el mismo grado de evolución ni han producido la misma suma de conocimientos. Por eso MSR pasa enseguida a comparar, en el plano de sus procedimientos y de sus resultados, a la anatomía con lo que hoy llamaríamos la geología, y hace notar que en la primera el «cuchillo disector» facilita las observaciones del «ojo filosófico del naturalista», a pesar de lo cual, «la estructura interior del cuerpo humano, después de repetidas e innumerables disecciones anatómicas», sigue siendo un mundo lleno de lagunas de conocimiento. Si ello ocurre en el campo del estudio del cuerpo humano, cuánto pues «no será más difícil el conocimiento de la organización interna de la tierra, cuyas entrañas están llenas de prodigios...» que no podemos observar de manera directa.

La comparación puede ser discutible hoy en día a nuestros ojos –sobre todo si se tiene en cuenta que la ciencia de hoy no solo ha definido de una forma nueva la práctica de la observación, mostrando que ella es producto de la rejilla de observación antes que de la simple función empírica de «mirar», y si se recuerda

que la ciencia de hoy cuenta con instrumentos que permiten observar «lo que no vemos»–, pero la conclusión que de su idea saca MSR no deja de ser de interés para su discusión: «Lo que digo es que restan muchísimos otros [fenómenos] por conocer, así en las entrañas, como en la superficie del globo».

El avance argumental de MSR, antes de entrar de lleno en el núcleo de lo que piensa que son sus demostraciones y pruebas, se despliega ahora en dos direcciones, pues, aplicando lo que Cassani había hecho notar del provisor eclesiástico y en general de los testimonios de 1687 (es decir que todos los testigos estaban tocados por un cierto efecto del azufre que los hizo ver con poca claridad el suceso al que se enfrentaban), dirá del testimonio de Cassani que es materia discutible, porque se encuentra afectado por «la propia calidad del suceso», «por la confusión con que se observan sus circunstancias» y por varios otros motivos «contrarios a la rigurosa exactitud con que deben referirse estos eventos», y aunque declara que prescindirá de la discusión detallada de las condiciones de los testimonios en que se apoyó Cassani, deja el «aire enrarecido» en cuanto a la exactitud de los informes en que apoyó sus análisis el padre jesuita²².

Habiendo puesto ya en tela de juicio el testimonio recogido por Cassani en su época sobre un viejo suceso quién sabe si bien recordado –MSR no discute nada acerca de la forma de recolección de informaciones sobre el «gran ruido» por parte del padre Cassani–, el redactor del *PP* pasa a mostrar sus propios títulos y calidades como observador y se presenta como un hombre en extremo atento a los movimientos de la naturaleza, de una manera que sus contemporáneos tal vez no le reconocieron y que los comentaristas posteriores hemos pasado de largo –o por lo menos no hemos discutido–. Rodríguez dirá que la observación de los cerros de Monserrate y Guadalupe (que se erigen como cerros tutelares de Santafé), de su clima y atmósfera («las frecuentes alteraciones del aire atmosférico» que caracterizan a la ciudad) ha constituido «uno de los principales objetos de mi estudio por el espacio de cuatro años», lo que le ha permitido «formar un juicio más regular y exacto acerca de la teoría de los vientos en esta parte meridional de la América, en donde la naturaleza obra de un

modo rarísimo, enteramente distinto del que sigue en las demás regiones de la tierra»²³.

Es sobre la base de esa paciente labor de observador —«cuatro años de juiciosas observaciones»— que le parece a MSR que se encuentra en condiciones de ofrecer un dictamen «sobre las causas que pudieron producir el ruido» de Santafé en 1687. En el punto de partida se encuentra una nueva discusión de uno de los datos que había reportado el padre Cassani en el inicio de su relato: que el día nueve de marzo de 1687, al llegar la noche, el cielo se encontraba sereno. En realidad detrás de ese cielo sereno lo que había —pensaba MSR— era una observación mal adelantada y un desconocimiento de los movimientos de la atmósfera de la ciudad, pues esa calma —falsa calma para MSR—, «indica una gran reunión de todos los corpúsculos sulfurosos, salnitrosos y demás sustancias minerales que nadan continua y abundantemente en la atmósfera de esta ciudad», señalando enseguida que el mes de marzo es particularmente proclive a la formación de ese fenómeno de nubes con alta concentración de sustancias que luego se hacen aire enrarecido²⁴.

El apéndice del redactor del *PP* a la presentación «del gran ruido» que había hecho tantos años atrás el padre Cassani seguía extendiéndose, pues MSR necesitaba espacio para desarrollar su argumentación. Así que en el número del *PP* de la siguiente semana continuó con sus demostraciones, adelantando lo que creía que era un principio de método de su argumentación (*PP.*, n. 182. 6-03-1795)²⁵. Según MSR había muchas formas de «concebir la causa de enrarecerse o de tener menos densidad la atmósfera» —con lo que intenta probar el origen «del gran ruido» y de los olores a azufre—, pero en su exposición se proponía, como lo reitera, usar «solamente de aquellas [razones] que participan menos de las ideas abstractas y metafísicas, exponiendo... las que parecen más fáciles de percibir, por cualquiera hombre de mediana razón», con lo

cual volvía a poner de presente su fidelidad al ideario ilustrado del *PP*, que tenía como uno de sus objetivos la difusión del saber de la forma más amplia que fuera posible.

El punto fuerte de la demostración de MSR —y desde luego el punto más débil y donde comienza a ser claro el «enredo científico» que su propia explicación de lo que va a designar como un «meteoro» va a producir—, se desprende de sus análisis teóricos sobre las observaciones atmosféricas que había realizado con tanta paciencia por largos años²⁶.

Después de haber vagado un poco por el cielo y por las nubes y por los «cuerpos inficionados» que andan sobre el cielo de Santafé, el editor del *PP* desembocaba en la idea de que todos los cuerpos son de manera básica fuego —«Todo hombre va en medio de una atmósfera cuya mayor parte debe considerarse como fuego»—. En la propia transpiración de los cuerpos lo que se encuentra es fuego, fuego que sube hacia la atmósfera, a la que se suma el fuego de los fogones, de las velas, de las hogueras —«todos los fuegos encendidos en la ciudad»—, y todo eso enrarece el aire y «desparrama por sus inmediaciones todos los corpúsculos que nadan sobre ella» [sobre la atmósfera]. Todos estos corpúsculos «sulfurosos y salnitrosos que nadaban sobre la ciudad» se movieron, por acción de los vientos y fueron a plantarse detrás de las montañas de Monserrate y Guadalupe... y la reunión de todos corpúsculos con los demás vapores que suben de las lagunas y riachuelos que hay en los vallecitos que forman las dos montañas, terminaron formando «un nublado muy espeso» —un conjunto de nubes repletas de múltiples materiales prestos a descargarse al chocar entre ellas—.

A su vez, las nubes en proceso de fermentación, fueron arrastradas por los rayos del sol y en algún momento debieron encontrarse con el «nublado detenido», «cuya materia se debe suponer muy dispuesta a incendiarse», razón por la cual con toda seguridad debió

antes de 1808—, y mucho menos la búsqueda de la revolución política moderna. Fue ante la búsqueda de identidad de grupos sociales nuevos, carentes de poder social, que buscaban sus apoyos en fuerzas excéntricas a las que tradición había por varios siglos legitimado. La ciencia, el trabajo, la historia natural, la filosofía sensualista y racionalista —bajo formas moderadas— y el comercio —una forma nueva de virtud y un elemento destinado a desarrollar las formas civilizadas de la «socialidad»—, deberían ser las condiciones que deberían garantizar las nuevas modalidades de una vida social incrustada en los ideales de progreso y felicidad.

24

MSR no sólo se desarrolla con cierta amplitud sus observaciones sobre la atmósfera de Santafé, aunque de continuo se queje de la falta de espacio para dar a conocer sus teorías, sino que anuncia a los lectores que tiene sobre estos temas varias obras en preparación: «En nuestras reflexiones físicas sobre el primer capítulo del Génesis, confiamos en Dios que podremos producir dentro de pocos meses varias pruebas acerca de este mismo asunto» —el influjo planetario y del sol sobre los cuerpos sublunares.

25

(*PP.*, n. 182. 6-03-1795), para todo lo que continua, mientras no advirtamos otra cosa.

26

La solución final para el enigma «del gran ruido» se sintetizaba para MSR en la palabra «meteoro», aunque hay que dar a la palabra el sentido que el autor le otorgaba, pues no se trata propiamente de un objeto físico, sino más bien de un fenómeno óptico y sonoro de causas físicas, que se desprende transformaciones atmosféricas. Cf. por ejemplo *PP.* No 183. 13-03-1795, en donde se lee: «Demostrado ya que puede haber acontecido el mismo meteoro así en este reino, como en otras partes de uno y otro continente...». Esta debería ser una concepción corriente en su época, pues MSR cita para reafirmar su punto de vista el *Mercurio Peruano* (No 24. 15-02-1791), donde la idea parece ser la de un fenómeno óptico.

23 Dejemos de lado en esta oportunidad el esfuerzo permanente que hicieron los ilustrados hispanoamericanos por encontrar una caracterización de la «naturaleza americana» diferente u opuesta de la «naturaleza europea —la africana les parecía cosa de bárbaros

y del Asia sabían aún menos—; pero no dejemos de señalar que debajo de ese esfuerzo de ciencia y de observación lo que parece haber ante todo es el intento de establecer principios de identidad en sociedades que ya habían madurado lo suficiente desde el punto de vista de sus estructuras so-

ciales. La situación a este respecto es muy aguda en Nueva Granada, por diferencia con México y el Perú sobre todo, pues hasta hacía muy poco tiempo, posiblemente hasta la «segunda fundación» del virreinato después de 1740, el territorio y la organización política parecían los de una

sociedad fragmentada entre regiones descoordinadas, dependientes a veces de Lima, a veces de Quito, a veces de Santafé, y en cierto momento del siglo XVI de Santa Marta. La ilustración neogranadina no fue la búsqueda de la Independencia —objeto muy poco imaginado, si acaso lo fue,



Catedral de Bogotá

iniciarse detrás de las montañas de Guadalupe y Monserrate una «tempestad de truenos y relámpagos», «que debió durar una considerable cantidad de tiempo, hasta la total extinción de la materia», pero que precisamente por iniciarse detrás de los cerros y no alcanzar una altura considerable, no pudo ser vista desde la ciudad, lo que condicionó el testimonio del padre Cassani en lo que tiene

que ver con el cielo sereno que había precedido a la tempestad que finalmente llegó. Después, continua, MSR, el aire enrarecido corrió con violencia por encima de los cerros que cubren el oriente de la ciudad, y se difundió por todo Santafé, «produciendo no solo aquel gran ruido... sino el hedor de azufre que se experimentó».

Para MSR su «demostración» es completa, a pesar de las dificultades que podamos sospechar nosotros hoy que se encuentran en su planteamiento –y a pesar de las objeciones que sus contemporáneos pudieran haberle presentado– y declara que el más competente físico no se encontrará en condiciones de contradecir «unas razones tan fundadas en la universal experiencia», señalando que su explicación «no contradice lo posible», lo que la hace perfectamente racional –es decir ajustada a los principios de racionalidad del pensamiento de su época, diríamos nosotros–; o como dice el redactor del *PP*: «[explicaciones] ceñidas a cuantos principios puede suministrar la misma naturaleza». Sin adelantarnos a nuestras propias conclusiones al final de este texto, hay que señalar que a pesar del carácter perfectamente discutible de la explicación presentada, los principios generales en los que trata de apoyarse no dejan de ser en esa sociedad –y posiblemente también hoy– principios de una gran novedad, resumidos en la fórmula que pide que las explicaciones ofrecidas «no contradigan lo posible».

O dicho con otras palabras: nosotros podremos desconfiar de su explicación, pero no hay duda de que hay en sus soportes y protocolos, por lo demás muchas veces violados en la propia demostración ofrecida, un punto de positivo avance en el camino de la ciencia moderna, cuando el autor declara que en su juicio puede haber engaño, pero que cree haberse acercado «al modo más cercano

y verosímil de que es susceptible» el asunto, porque «designar asertivamente la causa del fenómeno ¿quién puede hacerlo por una demostración sensible y evidente?», con lo que plantea el problema de la duda que toda explicación de ciencia debe dejar, cuando de ciencia se trata, y la limitación que los medios «sensibles y evidentes» tienen cuando se trata de dar cuenta de fenómenos que por principio contradicen el mundo sensible y evidente –algo que debería comprender un poco menos el propio MSR–.

En cualquier caso, a pesar de todos los revueltos de energías, materias, corpúsculos, movimientos de nubes y cambios en la atmósfera por sustancias sulfúreas, no hay duda de que la explicación intentada por MSR era diferente a la ofrecida medio siglo antes por el padre Cassani, pues mientras el jesuita buscaba en el «abajo» de la tierra que pisaba, el redactor del *PP* buscaba en el cielo de la ciudad, que hace años escrutaba. Sin embargo, los dos habían dado un paso cultural mayor, al declarar que el suceso podría explicarse desde el punto de vista de la naturaleza, sin recurrir a la noción de milagro, avance significativo, máxime cuando se trataba de dos creyentes convencidos.

Pero MSR quería ir más allá en su explicación y abordar un asunto más que se encontraba por ahí como un hilo suelto en los sucesos estudiados. Lo que restaba por indagar dice el propio periodista era lo relacionado con las voces escuchadas por el provisor arzobispal. Para MSR había que partir de un hecho preciso mencionado en el testimonio de Cassani. Había que partir de la *atmósfera humana contaminada por el pánico colectivo*, «pues toda la gente de la ciudad se encontraba conmovida y llena de pavor», como lo había advertido Cassani, al afirmar que todo el mundo había estallado en gritos «que resonaban precisamente por toda la atmósfera». El provisor, también sorprendido por la situación y sin respuesta para ella, y fuera de sí por el propio efecto del olor a azufre –que a todos afectaba–, fácilmente cayó en la idea de atribuir «esta vocería» que viajaba en el aire al demonio, «como espíritu inmundo que siempre anda entre las pestilencias», y por eso se figuró que los ruidos que escuchaba, producidos por el movimiento del aire, «eran blasfemias, insolencias y obscenidades». La magnitud del pánico –«la grandeza del susto»– era tal

que había motivos suficientes para «haber creído esto y muchísimo más», con lo que no solo se justifican las declaraciones que se dice fueron las del provisor, sino que al mismo tiempo se las ponía en tela de juicio.

El gran ruido era pues un fenómeno extendido que se había generado por el movimiento del aire –el silbido de los vientos–, por la gritería de gentes en estado de pánico que se imaginaban que el fin del mundo había llegado, por los ecos creados por los propios sonidos que se estrellaban con las construcciones, «formando en su choque y repercusiones ciertos chiflidos», como «unos gritos fuertes» que «hiriendo el tímpano de nuestros oídos nos parecen voces articuladas por algún racional», tal como lo imaginó el provisor –aunque nosotros podríamos también preguntarnos, para complementar los interrogantes de MSR, por qué las voces articuladas que llegaban a los oídos del provisor eran voces lascivas y pecadoras.

A esa gran corriente de ruido, que era producido por el viento –aire en movimiento–, por el griterío de las gentes en pánico, se añadía el hecho de que como Santafé estaba «rodeada de montañas y de muchas cavernas», éstas reproducían los sonidos a la manera de un «eco horroroso», sin descontar el ruido de los pájaros y de otras aves despertadas por los sucesos y participando con sus voces del griterío humano creciente, y aun habría que tener en cuenta toda clase de animales que había dentro y fuera de la ciudad, «y esta variedad produjo una algaraza horrible que ayudó a aumentar el efecto». MSR cierra esta parte de su análisis indicando que

Todos estos motivos debieron concurrir [...] y por tanto no se han de mirar con indiferencia [...] Pero pasemos ya a otra especie de reflexiones no menos dignas del asunto.

El gran ruido y los problemas de la fe y la piedad

Explicado el problema de una forma que lo hacía aceptable para él y para sus contemporáneos, a pesar de las dudas que desde el presente podríamos tener sobre tales explicaciones y sobre la asimilación de la ciencia moderna por parte de los ilustrados neogranadinos –y no creemos que la situación en otras partes de Hispanoamérica haya sido tan diferente–, MSR, hombre insistente, cuya plu-

ma difícilmente se detenía, decidió continuar la discusión del problema desde nuevos ángulos. En un nuevo número del *PP* –el 183–, comenzó reconociendo que lo que en principio se había presentado como un «Apéndice» había terminado siendo «una difusa [extensa] disertación», pero justificaba el hecho recordando que su época era la de la crítica y la del examen de argumentos, o como dice en otras partes, la «época de la Ilustración», y entonces escribía que «La edad en que existimos, como es la de la crítica más refinada, exige un modo de escribir circunstanciado y exacto», lo que reclamaba espacio y detalle (*PP.*, 1978, n. 183. 13-03-1795)²⁷.

A continuación, y luego de haberse puesto él mismo algunas objeciones a su argumentación –objeciones que desde luego pudo superar–, procedió a sacar la principal de las conclusiones de su exégesis crítica de las explicaciones del padre Cassani sobre el «gran ruido», y escribirá que en virtud de todas las razones examinadas se puede afirmar que

[...] el suceso experimentado en esta ciudad la noche del nueve de marzo de 1687 está en todas sus partes contenido dentro de la esfera de la posibilidad física y natural.

Sin embargo, con esta observación conclusiva el «affaire» no se cerró, porque a continuación MSR se planteó lo que consideraba la dificultad siguiente que arrastraba su conclusión, pues si las causas físicas podrían explicar por completo como asunto meramente humano el suceso acontecido el nueve de marzo de 1687, qué se podría decir de la celebración religiosa a que había dado lugar. Y aún más, ¿es que acaso podría reputarse «por una crasa ignorancia o una devoción indiscreta y supersticiosa el querer que pasen milagros y prodigios?». ¿Era una simple superstición o una devoción engañosa el querer hacer pasar por milagros «en el mismo seno del Santuario» a sucesos que eran esencialmente producidos por causas naturales?²⁸

Pero sí la *creencia popular* –en general una *creencia de la sociedad en su conjunto*– introducía dudas en cuanto a su ortodoxia, lo mismo ocurría con la *celebración*, con el aniversario de acción de gracias que se había conmemorado por algo más de un siglo –aquí MSR era por completo fiel a su idea «newtoniana» de la causa y el efecto, pues, como el mismo lo dice, «no hay causa digna

27
(*PP.*, 1978, n. 183. 13-03-1795). Todas las citas que siguen remiten a este número, mientras no advirtamos otra cosa. En otras partes del *PP MSR* afirmará que extensión y exactitud, en contra de una forma puramente «compendiada», como la que exige el periodismo, eran características definitorias del método histórico. Cf. por ejemplo (*PP.*, 1978, n. 200, 10-07-1795).

28
MSR declara de inmediato, fiel a sus creencias, que la existencia de causas naturales no anula la acción divina, pues es el «poder divino [el que] les dio [a esas causas] desde el principio el ordinario influjo por leyes inalterables en la conservación física del universo». Pero aun así el problema de la posible superstición y el hecho comprobado de la ausencia de milagro no estaba saldado.

29

No encuentro nada comparable para esa misma época en términos de importancia social y cultural a esta «escandalosa proposición» —de la que no sabemos que haya encontrado reparos en su época— por fuera de las afirmaciones, tan poco estudiadas, de Antonio Nariño en el momento del proceso que se le siguió por la impresión de los Derechos del Hombre, cuando planteó que la religión pertenecía a la esfera de lo privado, y que un individuo, cristiano, musulmán o lo que fuera, no tendría derecho a ser molestado por sus creencias religiosas, desde que los respectivos rituales y ceremoniales de su confesión fueran adelantados en su casa, es decir en el ámbito de lo privado. Cf. *Proceso contra don Antonio Nariño por la publicación clandestina de los Derechos del Hombre y del Ciudadano* (1980).

30

(*PP.*, 1978, n. 184. 20-03-1795). La misma referencia para todo lo que sigue, a no ser que se advierta otra cosa.

ni racional» para tal celebración, ahora que conocemos las razones que explican el suceso.

El problema era mayor en los marcos de la cultura dominante en esa sociedad y el texto de MSR anunciará el recorrido de nuevos caminos, cuando proceda a sacar dos conclusiones de sus análisis finales. De una parte, para ser consecuente con sus reflexiones el redactor del *PP* debió sacar una primera conclusión, de una importancia que aun hoy deberíamos valorar en su integridad. Enunciémosla en las propias palabras en que lo hizo el redactor del *PP*:

En una palabra, el ministro de la religión, [y] el teólogo evangélico, no tienen ya motivo para disertar sobre un asunto que en todas sus partes corresponde al examen del filósofo y del naturalista.

Cuando se mira con cuidado la anterior afirmación, no es posible ignorar la presencia de rasgos modernos que asombran, y debe recordarse que no hay muchos textos de finales del siglo XVIII en el virreinato de la Nueva Granada que se le puedan comparar. No podemos suponer con toda exactitud si MSR comprendía de manera clara o intuía el significado inquietante de su afirmación, si es que su significado es el mismo que hoy podemos suponer²⁹.

No podemos sin embargo ir más lejos en nuestro comentario de la forma como aparece en el *PP* este «enunciado» que separa, que distingue, dos esferas de conocimiento, dos espacios de intervención intelectual y dos lugares de la acción social y espiritual, una distinción, en fin, que *amplía la esfera de lo profano en la sociedad*, porque falto de espacio en su periódico, de tan solo ocho páginas semanales, MSR tuvo que detenerse, luego de reconocer que ese argumento se desprendía de manera directa de su formulación, y limitarse a anunciar que la semana siguiente respondería con detalle a estos asuntos y procedería, además, «a finalizar este escrito en que he sido más difuso de lo que pensaba». Pero la respuesta al problema planteado deberá permanecer sin respuesta, y con ello parte de nuestra incertidumbre sobre las conquistas culturales de este pequeño estallido de modernidad que fue la Ilustración en este lado del Atlántico, pues la semana siguiente, aunque MSR volvió sobre el problema, abordó más bien la segunda conclusión que se desprendía de sus «análisis físicos» acerca de las causas del «gran ruido»

de 1687 y dejó de lado el primer problema abordado.

MSR reiterará en el «Fin del Apéndice» (*PP.*, 1978, n. 184. 20-03-1795)³⁰ —una semana después—, que si bien el propósito de sus textos no había sido otro que demostrar «la posibilidad física del suceso», se encontraba muy lejos de creer, como deducción de sus análisis, que el «acto religioso de acción de gracias» con el que los fieles» mostraban su agradecimiento y conformidad con el Señor y que se repetía cada año, «carece de legítima razón». Su idea, declaraba, era por completo diferente. No hay ninguna oposición entre la acción agradecida del rezo y la explicación causalista de la ciencia, pensaba el editor del *PP*. Muy por el contrario, sería necesario alabar a esas gentes que ante el suceso corrieron a rezar y a confesarse y se postraron a los pies del Señor, pues se sabe que la historia de la humanidad está llena de desgracias naturales (terremotos, sequías, destrucciones de diversa índole), todas ellas con causas naturales, que obran en el mundo ordinario en su enlace físico, el mismo que cobija a «todos los entes que componen esta gran máquina del universo». Sobre eso no debería haber duda; como no debería haber duda acerca de que Dios se encuentra detrás de todo ello como primera causa «que le da toda su fuerza y movimiento a las segundas [causas], para que obren en un impulso extraordinario y amenazante», en conformidad con «los sabios designios de su altísima potencia». O como dice enseguida MSR, tratando de explicarse de manera aún más clara:

Voy a explicar más este raciocinio [el de las causas]. Dios designó en la creación del mundo a cada una de las segundas causas [...] y los efectos que deben producir en ciertos tiempos... La naturaleza es una fiel ministra, una puntual y constante ejecutora de los decretos santísimos del Dios inescrutable.

El asunto es pues que entre el funcionamiento causal (y por lo tanto susceptible de ser explicado) de la naturaleza y la acción divina, que puede tomar la forma de castigo divino, no hay contradicción, como lo muestra a cada paso la Sagrada Escritura y como lo sabe todo cristiano «medianamente instruido en la historia de su religión» y Dios, que es misericordioso incluso en su enojo, ha usado en todos los tiempos más de la amenaza que del castigo, lo que explica que el «gran ruido»

fuera ante todo una advertencia que logró despertar la fe dormida de los santafereños. Es por eso que MSR cita a continuación un corto pasaje del Deuteronomio que refuerza su idea: «Ya, ya está cerca el día de mi venganza; ya, ya llega la hora de su ruina», según les decía a los israelitas a través de Moisés...».

MSR regresa luego a su crítica de Cassani y al parecer con plena conciencia de la posición que adopta, se pone del lado del *juicio popular* («la común creencia») sobre la presencia del demonio en el olor a azufre, y que Cassani había rechazado en su interpretación, bajo la idea de que el azufre —que efectivamente circuló— había alterado la conciencia de las gentes y la del provisor, lo que reforzado por la representación histórica del demonio como criatura que aparece envuelta en olores de azufre, había constituido la base de la formación de la leyenda. Medio siglo después uno de los representantes más decididos de la Ilustración local, toma la vía opuesta y le señala a un autor que había intentado criticar esa «mitología», que la representación popular del demonio como envuelto en azufre, no tiene nada de estrambótico, como lo sostiene la Iglesia y él también lo cree y lo sostiene, pues «el cuerpo del ángel tenebroso será formado de materias sulfúreas, crasas, pestíferas», exactamente lo opuesto a los espíritus de luz, a los ángeles buenos, a quienes «la naturaleza les ministra... corpúsculos puros... fragantes, que exhalan todas las sustancias odoríferas y preciosas de la tierra...» como lo enseña la experiencia y la sagrada historia». Entonces, concluye, MSR, el demonio, «me parece muy conforme a la razón» y no hay nada para extrañar en que «haya producido ese resultado físico»³¹.

MSR concluirá su exposición repitiendo —como siempre— que le hace falta espacio para desarrollar sus ideas «con la extensión que corresponde» —«Pero que hemos de hacer si son tan estrictas las leyes de un papel periódico»—, y acepta que hay que concluir «cuando debemos empezar», limitándose en el último párrafo de su trabajo a sintetizar la dirección en que avanzaba su discusión del «gran ruido» de 1687:

En fin: esta segunda parte de la disertación no ha tenido otro objeto que el de indicar la probabilidad física de que las apariciones diabólicas puedan producir el hedor de azufre que niega el padre Cassani y que comúnmente se atribuye a una persuasión ridícula del populacho.

Una conclusión poco ruidosa

Así pues una vela a la ciencia newtoniana de las causas y otra a la existencia de Lucifer, un hecho en el que tal como lo hacía MSR, firme creyente del catolicismo y racionalista convencido, no hay que ver ninguna «contradicción» —en el sentido banal que esta palabra adquirió desde hace tantos años, y a la que acuden los comentaristas cada vez que se encuentran ante el hecho de que la mayor parte de los «sistemas de pensamiento» no muestran el «principio de coherencia» que analizados desde fuera, desde el presente, se les exige³².

En el caso particular que hemos considerado hay que agregar algo más: así como constituye un error reducir la ciencia a una representación (como otra cualquier representación) y excluir de ella la aspiración a una verdad que sea algo más que una representación, según las modas postmodernas del último tercio del siglo XX, es un error separar la ciencia de formas de representación que la pueden, por ejemplo, incluir en un sistema de creencias mayores que en gran parte le son adversas, como lo hemos visto en el caso presente, un hecho que se acentúa en el caso que consideramos, en el que una pequeña comunidad intelectual intenta acceder a los peldaños iniciales de la actividad científica moderna, en condiciones que no son las más favorables.

Es esa situación histórica recién descrita la que hace que el peso de las «culturas heredadas» —que no son simplemente una «herencia que el pasado no ha podido borrar»— pueda en gran medida neutralizar las nuevas adquisiciones o por lo menos volverlas compatibles con enunciados con los que en principio no lo sería. En nuestro caso particular hay que poner de presente un problema del análisis cultural que no siempre se menciona con el énfasis suficiente por parte de los analistas de los «sistemas intelectuales puros» y el estudio de las «arquitecturas conceptuales» validadas por ellas mismas. Se trata de lo siguiente: la formación cultural de una sociedad, de un grupo o de un sujeto comporta profundidades y se organiza sobre la base de estratos acumulados de temporalidades diferenciales —para acudir a una imagen «braudeliana»— y



Vista panorámica de la ciudad de Santa Fe de Bogotá

31
Los análisis del «aire» también podrían prestar aquí su concurso, pues, como dice MSR, «Primera mente hemos de suponer que en toda aparición (ya sea de espíritu bienaventurado o de precito [¿?]) convienen los autores más graves, que aquella figura y cuerpo visible que toman es formado de aire no de nube, pues ya sabemos que los entes espirituales son por su naturaleza absolutamente incorpóreos».

32
Sobre la inutilidad del «principio de coherencia» en el estudio de obras y pensadores cf. Quentin Skinner (2007, pp. 109 y ss, en especial p. 133) en donde Skinner señala que: «La explicación dictada por el principio de la navaja de Occam (que una contradicción aparente puede ser simplemente una contradicción) no parece tomarse en cuenta».

33

Como se sabe la idea de los planos diferentes y a veces superpuestos se encuentra desde muy temprano en la obra de C. Ginzburg (1981). Utilicé tales ideas de Ginzburg —de las que tenía alguna versión un tanto diferente a partir de Freud— en Renán Silva (1993) en donde estudie un manuscrito «autobiográfico» de un cura del siglo XVII; y luego en Renán Silva, *Los Ilustrados de Nueva Granada. Genealogía de una comunidad de interpretación*, op. cit., en donde mostré como se podría ser ilustrado, católico y esclavista al mismo tiempo y sin mayores problemas.

34

(PP., 1978, n. 182. 6-03-1795). Nosotros sabemos sin embargo que se trataba de un punto importante y muy difícil de su argumentación.

35

Caracterizando su actividad de escritor y de editor MSR indicaba que muchas de sus reflexiones las escribía «para que las personas sensatas mediten sobre ellas con más examen que el que le es permitido a un hombre que escribe sin tener tiempo para leer ni coordinar metódicamente sus raciocinios». (PP., 1978, n. 184. 20-03-1795).

36

Punto esencial en la exploración de su pensamiento y del pensamiento de la época sería el análisis de esta tensión que en buena medida se soporta en el hecho de que la descomposición de las estructuras sociales tradicionales (corporativas) no incluyó nunca un discurso sobre la emergencia de un tipo nuevo de lazos «no corporativos»). Sin embargo, en el plano de la reflexión sobre sí mismo, MSR llegó más lejos que muchos de los ilustrados de Hispanoamérica al escribir en uno de los primeros números del PP: «Yo solo hablaré como un hombre: quiero decir como un individuo de la especie humana, a quien el derecho natural le franquea la licencia de contribuir a cuanto sea beneficioso de sus hermanos. No gozo en medio del universo de otro carácter que este; y así mi voz no tendrá más autoridad en el asunto que aquella que le diere la razón». (PP., 1978, n. 16. 27-05-1791).

no se reduce simplemente al plano superficial de las «ideas claras y distintas» que pueden aparecer en la superficie —dejemos de lado el problema complejo de las formas de relación y de organización entre esos planos y pensemos solamente en la idea de Freud sobre la amplia capacidad de racionalización y de sublimación de los sujetos, para lograr acuerdos entre grupos de creencias diferentes y hacerlas funcionar como si fueran una unidad³³.

Hay que agregar además que MSR y en mayor medida que muchos de los ilustrados que eran sus amigos y contertulios de ese entonces, participa de una fuerte actividad imaginaria y es un escritor profundamente fantasioso, muy rápido para sacar conclusiones sobre cuestiones de ciencia que poco conocía. De hecho MSR había desarrollado una especie de reflejo, que se comprueba cuando se sigue con cuidado su escritura —¡tarea nada fácil!— a través del cual cada vez que debía enfrentar un punto difícil de su demostración declaraba que sería un insulto a sus lectores entrar en tales minucias. Escuchémosle por una vez acudiendo a su reflejo defensivo:

Sería demasiado impertinente detenernos a explicar por menor cuántas y de qué actividad son las diferentes materias que concurren a la formación de esos meteoros y el modo en que obran entre sí cuando se reúnen... Omitimos pues todos estos puntos porque no consideramos que sobre ellos ocurra ningún reparo (PP., 1978, n. 182. 6-03-1795)³⁴.

Pobre, lleno de mil menesteres diarios, trabajando siempre en medio de mil afanes en su rústico semanario, cada semana esperando para saber si a la siguiente la precaria imprenta de la ciudad funcionaría y si existiría el dinero para pagar al impresor, sus incursiones en la física de los corpúsculos, en las teorías sobre la velocidad del sonido, la química del aire y el análisis de la electricidad no podían ser más que discutibles —aunque su situación de acce-

37

Como lo indicó hace años de manera precisa Michel Foucault (2003) —con una crítica notable a la interpretación que Habermas ha hecho del problema de la modernidad— no se puede confundir el acceso a la ilustración con algunas de sus vías particulares; y hay que abrir el análisis del acceso a la «activi-

dad crítica» rompiendo con el análisis puramente textualista, intelectualista y encerrado en lo que se conoce como la «filosofía», y hay que mirar a otros textos y a la actividad general de la sociedad, a ese infinito número de prácticas en las que a lo largo de un periodo que debe haber llevado mucho más de un siglo fue abriéndose

so a la ciencia no era en ese momento diferente sino en grado, pero no en naturaleza, a la de sus más jóvenes «compañeros ilustrados»³⁵.

Nada de eso le resta importancia a su trabajo, y a las definiciones que hizo en repetidas ocasiones del «programa ilustrado» local, apoyándose en todo lo que podía poner a su servicio, incluidas formulaciones que poco tenían que ver con el ejercicio de la crítica —por ejemplo sus constantes y sinceras declaraciones monárquicas y católicas— y poco con muchos de los fundamentos de la más elevada manifestación de la Ilustración en Europa (la de Kant —por ejemplo su defensa de las concepciones organicistas de la sociedad contra las concepciones individualistas y autonomistas del individuo³⁶—. Pero no hay duda que en muchas oportunidades hizo definiciones de la *actividad crítica*, que debieron haber sido un ejemplo para los «jóvenes ilustrados» y hombres de letra que eran sus amigos y los lectores del PP, con un elemento adicional, que no separaba la crítica de su propia existencia, como cuando escribía refiriéndose a sus textos:

Siempre hemos deseado que nuestros yerros y equivocaciones fuesen combatidos con todo el rigor de la sana crítica, tanto porque conocemos la debilidad de nuestras luces, como porque tenemos la fortuna de amar la verdad... con absoluta preferencia a nuestros caprichos y propia estimación (PP., 1978, n. 176. 23-01-1795)³⁷.

De nuestra parte, tal vez renunciando a nuestros caprichos y a nuestra propia estimación, tal vez deberíamos terminar recordando la vieja observación de Gaston Bachelard, repetida tantas veces, de que desde el punto de vista de la crítica epistemológica un error de ciencia en el pasado —una proposición que estimamos hoy como un error— es un error que no puede sino criticarse en el presente y desde el presente; pero que desde el punto de la *historia*

paso una forma nueva de mirar el mundo y sus objetos, e incluir al sujeto en esa reflexión. Cf. al respecto, Michel Foucault (2003, pp. 3 y ss., de manera particular pp. 24 y ss) en donde Foucault indica la necesidad de buscar otros caminos para renovar el análisis histórico del problema: «Decía antes que, en todo caso, yo quería

trazar muy vagamente otras vías posibles, diferentes a las que me parece han sido hasta el presente más gustosamente frecuentadas» —lo que además no quiere decir que esas tengan que ser las nuestras... aunque me amparo en esos caminos nuevos para hablar de «actividad crítica» como el soporte general de la crítica ilustrada.

de las ciencias y de los saberes, un error es siempre un *error de época*, se inscribe en un sistema más general de creencias y puede haber tenido un alto valor racional para los contemporáneos de ese error, que precisamente lo podrían haber estimado como una verdad³⁸.

Bibliografía

- Cassani, Joseph, S. J., (1967), *Historia de la Provincia de la Compañía de Jesús del Nuevo Reyno de Granada en la América* [título abreviado], estudio preliminar y anotaciones al texto por José del Rey, S. J., Caracas, Academia Nacional de Historia, 1967, cap. XXVII.
- Debate y perspectivas. Cuadernos de Historia y Ciencias Sociales* (2003), Madrid, Mapfre-Tavera.
- Dulong, Renaud (1998), *Le témoin oculaire. Les conditions sociales de l'attestation personnelle*. Paris, EHESS.
- Ferrone, Vincenzo y Roche, Daniel (1998), *Diccionario histórico de la Ilustración*, Madrid, Alianza Editorial, 1998
- Foucault, Michel (2003 [1978]), «¿Qué es la crítica? (Crítica y aufklärung)» en Michel Foucault, *Sobre la Ilustración*, Madrid, Tecnos, 2003, pp. 3 y ss.
- Ginzburg, Carlo (1981 [1976]), *El queso y los gusanos. El cosmos según un molinero del siglo XVI*, Barcelona, Muchnik.
- Historia de Bogotá* (1988), Bogotá, Villegas Editores, vol. I.
- Hartog, Francois (2007 [2005]), *Évidence de l'histoire. Ce que voient les historiens*, Paris, Gallimard.
- Jaramillo Uribe, Jaime (1996 [1965]), *El pensamiento colombiano en el siglo XIX*, Bogotá, Editorial Planeta.
- Mercurio Peruano* (1791), [No 24. 15-02-1791].
- Merton, Robert K. (1984), *Ciencia, Tecnología y Sociedad en la Inglaterra del siglo XVII*, Madrid, Alianza Editorial.
- Papel Periódico de la ciudad de Santafé de Bogotá [1791-1797]* (1978), Bogotá, Banco de la República.
- Proceso contra don Antonio Nariño por la publicación clandestina de los Derechos del Hombre y del Ciudadano* (1980), Bogotá, Presidencia de la República, 2 t.
- Raymond, Joad (1996), *The Invention of the Newspaper: English Newsbooks 1641-1649*, Oxford: Oxford University Press, Clarendon Press.
- Silva, Renán, (2010 [1988]), *Prensa y revolución a finales del siglo XVIII*, Medellín, La Carreta editores.
- Silva, Renán (2002), *Los Ilustrados de Nueva Granada 1760-1808. Genealogía de una comunidad de interpretación*, Bogotá, Banco de la República.
- Silva, Renán (2005), «La crítica ilustrada de la realidad en las sociedades andinas», en Renán Silva, *La Ilustración en el virreinato de la Nueva Granada –Estudios de historia social y cultural*, Medellín, La Carreta Editores, pp. 15-45.
- Silva, Renán (2008), «Presentación a la segunda edición» en Renán Silva, *Los Ilustrados de Nueva Granada, 1760 – 1808. Genealogía de una comunidad de interpretación*, Bogotá, Banco de la República/EAFIT, 2008, pp. 15-17.
- Skinner, Quentin (2007 [1969]), «Significado y comprensión en la historia de las ideas» en Quentin Skinner (2007), *Lenguaje, política e historia*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes.
- Skinner, Quentin (2011 [2010]), *La verité et l'historien*, Paris, EHESS, 2011.
- Villamizar Duarte, Carlos (2012), *La felicidad en el Nuevo Reino de Granada. El lenguaje patriótico en Santafé (1791-1797)*, Colombia, Universidad Externado de Colombia.

Fecha de recepción: 05/02/2013
Fecha de aceptación: 29/07/2013

38
Quentin Skinner (2011) 2011 – el traductor al francés menciona que existe una traducción al castellano en Pablo Sánchez Garrido (ed.), *Historia del análisis político*. Madrid, Tecnos, 2011, pero no he podido consultar esa edición-. Skinner es firme y explícito en señalar que la preocupación por imponer sobre el pasado de la ciencia una crítica que dependa de las formas actuales de la ciencia es un despropósito, por lo menos para los historiadores; y recuerda que la tarea del análisis histórico es la de mostrar la racionalidad que para su época pudo haber tenido un determinado enunciado, independiente de su carácter verdadero o falso. Pero su defensa de este principio no se emparenta de ninguna manera, como lo advierte, con una defensa del relativismo conceptual y con la idea del «todo vale» de los relativistas culturales extremos de años recientes.